





GENES4SALE



Javier López

GENES4SALE



Primera edición: julio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier López

ISBN: 978-84-18366-40-6

ISBN digital: 978-84-18366-41-3

Depósito legal: M-17150-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





1

«Yo tuve que haber nacido en un orfanato», se dijo a sí mismo Jacobo Puig cuando se apoyó en la herrumbrosa verja del Rainbow Home y vio la algarabía de chicos dándole patadas a una botella de plástico que les servía de pelota, cuando vio sus caras radiantes y sus gritos de júbilo. Fue un pálpito inopinado y fugaz que traspasó su mente como una saeta y lo catapultó en una fracción de segundo a su infancia en el colegio de Loreto, su educación castrense y sus días del Corpus con los mocasines borrachos de crema Kanfort y su polo de Lacoste. Tras la verja, viendo a estos desharrapados reír sin cortapisas y jugar sin admoniciones, Jacobo se debatía entre la pura envidia y no vomitar. Primero, ese vuelo agotador que ya salió con retraso. La escala en Doha en la que se congeló en la zona de tránsito del aeropuerto por la potencia del aire acondicionado, la idea de un sádico. Luego vino la montaña rusa del *rickshaw* que lo condujo al hotel. Y la guinda de la tarta, el maldito *curry* del restaurante. Ese veneno. Le había sentado como un tiro y le hacía retorcerse como si tuviera cien ratones en el estómago. Jacobo era un púgil sonado haciendo esfuerzos por levantarse de la lona. Se agarraba a los barrotes pegajosos de décadas de deserción del jabón y la lejía. Y observaba el partido, el simulacro de partido; aquello era un aleteo incontrolado de críos que chillaban como gaviotas. Curioso. Estos chiquillos parecían conservar intacto el gran tesoro de su infancia, aquella que Jacobo vio pasar de largo. Estos desheredados de la tierra vociferaban alegremente y mantenían

sus mentes en blanco. No tenían que parecerse a nadie ni cumplir las expectativas de nadie. No eran, tampoco, hijos de nadie. Eran libres. Eran sencillamente ellos mismos. Visto así, un orfanato no daba la impresión de ser un sitio lastimoso. Al menos para el hijo de un coronel.

Al percatarse de la llegada del occidental, los niños abandonaron el juego y corrieron alocadamente hacia él como si se tratase de un flujo de espermatozoides. Una única energía propulsaba a cada hombrecito. Abrieron el portón, que soltó un quejido inhumano, lo rodearon y comenzaron a tirar de sus mangas. Se agarraban a sus muslos. Jacobo no sabía bien qué decir.

—¡*Námaste, námaste!* —gritaban a coro juntando las palmas de las manos bajo la barbilla e inclinando sus cabecitas.

—Hola, chicos, ¿el director del...? ¿El director?

—No todavía. Llega pronto. Una taza de té, por favor. Una taza de té —gritaba un par de ellos mientras que las miradas del resto anhelaban la reacción del occidental.

Y casi en volandas, condujeron a Jacobo a un proyecto de porche en el que, entre reverencias, le hicieron sentarse en una butaca coja que en otro tiempo fuera de mimbre. La marabunta de críos se maravillaba de su camisa de lino color tabaco y sus botas Gore-Tex de montaña, de su sombrero Panamá y sus gafas de cerca que colgaban de su cuello. Alguno de ellos decía algo en voz baja en hindi o cualquier otro de los mil dialectos de la India y una explosión de risas desaforadas sacudía sus gargantas. No había en sus rostros la mirada turbada del pecado. Sus sonrisas eran limpias como una magnolia abierta. Sus ojos por docenas escudriñaban cada gesto de Jacobo como si procediesen de un alienígena recién aterrizado.

—Té Darjeeling, señor —dijo uno de los chicos sujetando una bandeja con una tetera y un cubilete de latón.

El resto se apartó para que el huérfano colocase la bandeja sobre la mesa y sus rostros aguardaban, expectantes, a que el enviado del espacio reaccionara. Jacobo tenía la impresión de ser para estos chicos una estrella de Bollywood de visita en el orfanato. Así que,

con parsimonia, como si estuviera filmando una escena, se sirvió, se llevó el vaso a los labios y dio un respingo: «¡Quema!».

Ese acto tan trivial desencadenó una catarata de risas, chillidos y aspavientos en todo el grupo. Jacobo se aireó la lengua con la mano. Este gesto ya no era, obviamente, teatral. Los críos (no había niñas) lo imitaron rápidamente y sacaron sus lenguas entre risas y soplidos. Sin embargo, entre la quemadura y el zurrir de tripas, Jacobo no estaba para bromas. Tenía la misma cara de vinagre que gastaba en la facultad, donde sus alumnos lo bautizaron irónicamente como el Sonrisas. En ese momento, la verja del orfanato volvió a chirriar sobre sus goznes, más secos que la mojama, y los críos se giraron como suricatos hacia el origen del ruido. Un hombre no viejo, pero bastante maduro, estaba franqueando la entrada. Vestía una chaqueta del año de la polca y unos pantalones de color indefinible arremangados, dejando visibles las pantorrillas. Su rostro hacía juego con su indumentaria. Se aproximó al porche al tiempo que el coro de huérfanos exclamaba: «¡El director, el director!». Entonces, como las aguas del mar Rojo, los niños se abrieron permitiendo que el director se acercase al visitante. A punto estaba de dirigirle la palabra cuando uno de los críos tropezó al intentar retirarse, dio un manotazo al vaso y derramó el té.

—Rata inútil —exclamó furioso el director y comenzó a golpear al huérfano en la cabeza con el periódico.

Jacobo hizo ademán de pedir calma con la mano, el director se despistó un instante y el muchacho aprovechó la ocasión para salir disparado y ponerse a salvo. El resto de los chiquillos se evaporó de la escena y se perdió en el interior de las dependencias.

—Oh, este hijo de cien padres va a volverme loco —se le oyó decir en un inglés con marcado acento hindi—. Perdone su torpeza. No volverá a ocurrir. Mi nombre es señor Zarabi.

Jacobo apretó tibiamente su mano. No estaba seguro de coincidir con los modales del señor Zarabi, pero aquel orfanato no era su guerra. Necesitaba acceder a aquel hombre como fuera. Jacobo necesitaba dejar zanjado el asunto que lo había llevado al Rainbow

Home. Se imponía la cautela. Eso lo sabía Jacobo perfectamente de sus muchos años como profesor universitario: las palmadas, solo en la espalda fornida. El trampolín para la proyección académica, bien atornillado. Tiros al aire, ninguno.

—El crío parecía nervioso, señor Zarabi. Bueno, ha sido un accidente sin importancia —dijo Jacobo con nula convicción.

—Oh, ese diablo. No pienso dejarle un hueso sano. Es incapaz de hacer lo que se le dice. Obstinado como un búfalo ciego. Como me llamo señor Zarabi que esa ladilla purulenta va a recibir lo suyo —envalentonado, apretó los puños y lanzó teatralmente un *crochet* al aire—. Pero dígame, amigo, ¿qué le trae por este remanso de paz? Le advierto que si es de esas apestosas organizaciones occidentales que vienen a fisgar en nuestros asuntos, ya puede darse media vuelta. Este orfanato tiene todos los permisos del gobierno.

—Descuide. Lo mío no es la filantropía. Y de las asociaciones, ¿qué quiere que le diga? Para mí dos son multitud. Solo he venido a cumplir un encargo y muy a mi pesar. Ah, y esta descomposición —se tocaba el vientre con las dos manos—. Es como si llevara un mono acróbata en el estómago. Ese maldito *curry* que me sirvieron en el hotel. Le juro que, una vez resuelva estos asuntos, los dejo con su sauna y su picante.

—Pero en el hotel es *curry* para turistas. Usted, amigo, no sabe lo que es un *curry* picante Garam Masala. ¡Mmm! Así que viene con un encargo —musitó entrecruzando sus dedos sobre su vientre y dando unos pasos a lo largo del entarimado del porche.

Una nube hinchada como un hematoma amenazaba con vomitar más pronto que tarde. En eso estaba en sintonía con Jacobo. El *curry* y el granizo. Jacobo iba a preguntarle algo al señor Zarabi cuando se escuchó un crujido y una cortina de agua densa descargó de repente sin contemplaciones. Olor a paja húmeda. Pequeños charcos, gorgoritos. Notas a contrapunto de la lluvia en los bidones. El chillido enloquecido de las aves buscando refugio bajo el alero. El aplauso rabioso de los huérfanos desde el interior.

—Entremos —dijo el director estirando del brazo de Jacobo—. Le prepararé algo que le arreglará el estómago.

Los aplausos se dispararon conforme los huérfanos vieron entrar al director en la estancia y, a toda pastilla, retomaron sus quehaceres domésticos. Acción esta que le recordó a Jacobo la obediencia de la tropa cuando su padre, el coronel Gustavo Puig, mandaba formar filas. O el acatamiento del propio coronel cuando era él mismo el conminado por la ley marcial de su esposa, María Antonia, la autora de los días de Jacobo. Entonces, unos mocosos que no levantaban dos palmos del suelo comenzaron a retirar los vasos de la merienda; otros cogieron sus cuadernos y comenzaron a hacer sus ejercicios; un par de zanquilargos con el torso desnudo barrían el suelo de cemento al paso de los adultos con una especie de escobas sin mango.

—Eso es, Ankush, Juma —celebró el señor Zarabi la ocurrencia de los dos críos—. Ahora, Pawan. Una infusión para el dolor de estómago. Vamos, vamos. Muévete.

El crío salió pitando para la cocina mientras que el resto de los huérfanos continuaba con un ojo en sus quehaceres y con el otro pendiente de la entrevista entre Jacobo y el director. Especialmente el niño que derramara el té, quien, oculto por la tapa dura de su cuaderno en el que fingía escribir, abría sus oídos ávidos de novedades a la conversación de los mayores. Jacobo se estaba dando cuenta de la táctica. Un profesor con la mili de Jacobo se sabía ya todos los trucos.

—Así que viene a la India con un propósito. Debe ser algo muy importante para abandonar el plácido Occidente. ¿Puedo conocer de qué se trata?

—Cómo no. Verá, señor Zarabi, se trata de una persona que tengo entendido que trabaja aquí. La señorita Claudia Russo.

—Hombre, la siciliana. Claro, claro. Una mujer muy brava. Todo temperamento. Pero me temo, amigo, que llega tarde. Se marchó hace unos tres meses sin decir adiós.

—¿Qué me dice? ¡Que no está aquí!

—No se pierde usted nada, amigo mío. Un potro salvaje. No era la clásica cooperante que acepta las normas de la casa, ¿comprende? Una sargento de hierro. No voy a esconder que teníamos nuestras..., cómo llamarlas, diferencias. ¿Usted también es italiano, señor...?

—Español. Jacobo Puig —telegrafió de la forma más aséptica posible con la intención de evitar las familiaridades.

—Oh, bien. Hace casi un año estuvo aquí un compatriota suyo, ¿sabe? Gonzalo, médico, de Madrid.

El nombre retumbó en la cabeza de Jacobo. Se refería a su amigo Gonzalo Nieto. Su único amigo. El hombre que le salvó la vida.

—La infusión, señor —dijo el crío depositando una tetera dizque blanca y una taza desportillada sobre la mesa, y se retiró rápidamente reconducido por la mirada del señor Zarabi.

—Canela, anís, menta y albahaca. Mano de santo. En un par de horas estará usted como nuevo —el director llenó la taza y se la ofreció a Jacobo.

Jacobo bebió poco a poco la infusión. Cada pequeño sorbo le concedía un instante de ensoñación en la figura de su amigo. Entretanto, el director hablaba de él como un torbellino de vitalidad a cualquier hora del día «y con un envidiable sentido del humor». El bueno de Gonzalo. ¡Qué lástima! Jacobo sintió una ligera punzada en su hernia de hiato. Por más que lo racionalizara no conseguía imaginárselo muerto. Para él, Gonzalo seguía muy vivo en esa red tramposa del recuerdo que apresa la dicha y deja libres las esquirlas del dolor. Jacobo sintió pudor de confesarle a un extraño de buenas a primeras que ese torrente de vitalidad y buen humor estaba seco. Y más aún tratándose de un personaje tan estrafalario como el señor Zarabi. Primero tenía que asimilarlo él. Tan solo habían pasado dos semanas escasas. Hablar de la muerte de Gonzalo significaba aceptarla. Demasiado prematuro. Por eso jugó de farol.

—¡Cooperantes! *Vade retro*. Calle, calle —mintió Jacobo luchando por que el temblor de su labio, el temblor de la emoción, no fuera percibido por el señor Zarabi. Disimuló dando un sorbo lar-

go y cambiando de tema—. Yo lo que necesito es localizar a esa condenada siciliana, como usted la llama. ¿Cómo podría ayudarme?

—Me temo que de ninguna manera. Esa marimandona cenó con los chicos como todas las noches y se fue a su cuarto. A la mañana siguiente debía preparar el desayuno a los huérfanos. No bajaba. Creímos que estaría dormida y mandé a uno de estos bastardos a llamar a su puerta. No hubo respuesta. Entonces subí yo y me encontré la habitación vacía. Había empaquetado y se había largado. Sin dejar rastro ni un mensaje ni nada. ¡Ni siquiera un donativo de parte de la filantrópica Cooperación Internacional!

—¿No dijo nada? Pero tengo que encontrarla. Debo entregarle... eh... algo que le pertenece.

—Va usted a necesitar una buena ración de suerte para encontrar a ese ajo en el culo. Será como buscar una pepita de oro en el Ganges.

El señor Zarabi se sirvió algo de la infusión en un cubilete que sacó de debajo de la mesa y desplazó su mirada hacia los huérfanos, que fingían hacer sus tareas.

—¡*Haramzada!* ¡Hijo de un búho! —gritó el director al más cercano de los críos—. ¿Crees que nací mujer? A tus libros, cara de pene.

Los huérfanos se enderezaron todos a una sobre sus cuadernos con la sincronía de los F-16 que tantas veces había visto maniobrar de niño desde la tribuna de familiares. Ahora bien, esta orden había sido brutal. En sus cuarenta y tantos años de estrecho conocimiento del mundo castrense, Jacobo jamás había visto ejecutar un comando con mayor vigor, con esta suprema contundencia. Sin los galones de su difunto padre, el señor Zarabi sabía cómo manejar con puño de hierro las frágiles voluntades de los muchachos. Bajo este nuevo prisma, las órdenes que el coronel dio toda su vida a sus soldados no habían sido sino instancias musitadas por la madre Teresa de Calcuta.

—Es increíble el efecto del té. Me encuentro mucho mejor. Ya no siento náuseas.

—No subestime nunca los beneficios de las especias indias, amigo.

—Le agradezco, señor Zarabi. Verá, perdone que insista, pero es urgente que localice a esa mujer. ¿Sería posible dar una vuelta por el orfanato en busca de algún... qué sé yo...?

—Adelante, amigo. No encontrará nada. Esa bruja no dejó en Rainbow Home ni el polvo de sus sandalias.

Jacobo apuró la infusión y siguió al director por las instalaciones. Entraron en la cocina al mismo tiempo que una rata se escapaba por un agujero que daba al patio. El señor Zarabi intentó pisarla, pero se le escapó.

—¡Animal del diablo! Debe haberle olido a usted, ja, ja. A nosotros ni se nos acercan por miedo a acabar en el caldero. Es broma, no se preocupe. Observe —dijo abriendo la puerta descuajaringada de un armario—: arroz, *naan* de ajo y *dhul*. Luego van diciendo esas lenguas de serpiente que los niños están desnutridos en estos hogares. Infamias. ¡Si esto parece Le Meridien!

En un espacio indefinible a caballo entre un lavadero y una fragua, dos huérfanos acometían con ahínco la tarea encomendada. Uno golpeaba con un palo la ropa enjabonada sobre una pila y el otro pisaba la ropa dentro de una palangana con agua de color mostaza. Sus movimientos eran tanto más vertiginosos cuanto más se aproximaba la silueta del director, al que miraban de reojo. El señor Zarabi atravesó la estancia, escupió en el suelo con el objeto de marcar su territorio e intimidar a los críos e hizo que Jacobo lo acompañase escaleras arriba a la habitación que ocupara la italiana. En el ascenso Jacobo pisó una cucaracha y no fue capaz de identificar un ser vivo que salió aleteando por una claraboya. El señor Zarabi sacó del bolsillo de la chaqueta una llave del tamaño de un escoplo de carpintero y la introdujo en la cerradura. Las dos vueltas sonaron con el estrépito de una bola de acero en una licuadora y ambos accedieron a una estancia escuálida y mal ventilada.

—Aquí está, amigo. Más vacía que un queso de gruyer.

Jacobo repasó la solitaria estantería de una única balda, la mesa sin cajones huérfana de una pata, el armario desvencijado con el modesto hallazgo de un par de perchas colgando fúnebres de la barra, el mugriento colchón, el cual, más que para una señorita, parecía haber servido de lecho a una cuadrilla de deshollinadores... Ni rastro. Ni un papel arrugado con una dirección ni una maleta vieja con unas iniciales ni un billete de tren usado. Claudia Russo parecía no querer dejar huella de su paso por el orfanato.

—Acompañeme. Le enseñaré el lugar donde ella y su compatriota solían tomar café —dijo el señor Zarabi cerrando la puerta tras de sí y haciendo crujir los peldaños de una pequeña escalera de caracol que bajaba a una esquina del patio—. Una taza de café tras otra.

Se trataba de un poyo de cemento junto a una planta de *tulsi* muy aromática. Un escenario esquemático abocado a no proporcionar información alguna.

—*Monsieur Zarabi. Monsieur Zarabi* —gritaron desde la verja unos turistas—. *L'orphanage, est-il ouvert? Nous voudrions visiter les enfants.*

El director se acercó a abrirles la cancela. De una perdigonada, montones de criaturas salieron del edificio y comenzaron a hacer acrobacias y a dar palmas y a hablarles a los turistas en un eficaz protofrancés.

—*Voilà, madame. Regardez, regardez!* —un crío de apenas cinco años caminaba sobre las palmas de sus manos dando una vuelta tras otra al patio. La chica del pañuelo a la cabeza y el sari blanco grababa la proeza en su Panasonic.

—*Sans les mains, sans les mains, monsieur* —mostraba otro huérfano una voltereta imposible ante el turista de bigotillo y camisa de lunares.

«*Bravo, bravo!*», se le oía decir a otra joven pareja que apretaba compulsivamente la cámara de fotos, percutiendo una ráfaga de capturas ya fuera de una inverosímil contorsión, de los malabarismos con unas pelotas de trapos de colores, de una for-

mación de tres pisos de críos que se subían de pie unos a los hombros de los otros, de una peligrosa cabriola... Mientras tanto, el señor Zarabi había sacado un pequeño mono y se lo había colocado en el hombro. Se lo acercaba a los turistas para que pudiesen tocarlo. La francesa de las gafas Versace sacó una bolsita de cacahuetes y le ofreció tímidamente al animal. La otra, la del fular de mariposas, tiraba de zum.

—Tranquila, *madame*, no muerde —dijo el señor Zarabi—. Es un mono enano. Toque, toque su pelo.

Se retiró las gafas de sol sobre su cabeza para observar con detalle las facciones del simpático animal y comenzó a acariciar su cabeza. El mono dio un salto sobre su hombro ante los chillidos de ella y la carcajada coral de los huérfanos. El director volvió a coger el monito y lo dejó en libertad. Desde lo alto del tallo de bambú el animal miraba con arrogancia a los turistas y les sacaba la lengua.

—Y ahora —dijo el director ordenando a los huérfanos en dos filas: los más altos, atrás y los pequeños, delante—. ¿Con qué canción vamos a despedir a nuestros amigos de Francia? ¿Preparados? Un, dos, tres —y ante la sorpresa de todos, estos harapientos casi analfabetos colocaron sus manos en el pecho y entonaron con una pasión inusitada:

—*Allons enfants de la Patrie/ Le jour de gloire est arrivé!*

Tras el arrebató de patriotismo, los huérfanos corrieron a abrazarse con los turistas mientras el señor Zarabi se llevaba al bolsillo interior de la chaqueta un par de billetes de mil rupias que le entregó el de la camisa a lunares y bigotillo. A continuación, los franceses immortalizaron el momento con una ráfaga de *flashes*, grabación en primeros planos, en plano detalle, un *flip over* aquí, un *travelling* allá, sonrisitas, besos al aire y *à bientôt!*

—Señor, le oí antes —le dijo a Jacobo el chico que derramó involuntariamente el té, escabulléndose del grupo y aprovechando que el señor Zarabi había entrado en la casa a guardar el dinero—. Claudia. La está buscando, ¿verdad?

—¿Tú sabes dónde está, muchacho?

—En las montañas. Ella estaba muy triste cuando Gonzalo regresó a Europa —el chico miraba a un lado y a otro con impaciencia—. Ella quiere estar sola. Pero un día va a volver...

—¿De qué montañas hablas? ¿Cómo se llega allí? —urgió Jacobo al chico sujetándolo por las muñecas.

—No sé exactamente, señor. Solo habló de «la casita azul en las montañas» —respondió el huérfano con una madurez impropia para un crío.

—Vamos a crecer y a crecer y a crecer —el director había surgido de la nada y tiraba de la patilla del crío obligándolo a caminar de puntillas—. ¡Charlatán de bazar, bailarina zamba, voz de pedo!

El señor Zarabi condujo al chico al interior y lo puso a dormir sobre el suelo del comedor, sin su esterilla ni la ración de leche aguada con pan ácimo. Jacobo miraba a través de la ventana abierta el dedo índice de Zarabi apuntando al suelo. Escuchó las buenas noches que el director deseó al muchacho en un dialecto repleto de jotas, erres y más jotas, lo que supuso la antología del insulto, y lo vio salir finalmente estirándose la chaqueta.

—Ese endemoniado va a volverme loco.

—No exagere. Es un chico gracioso —Jacobo intentaba bajar la temperatura de la caldera. Necesitaba a ese crío. Quizá todavía pudiera sacarle algo más. No lo quería apaleado—. ¿Cómo se llama?

—¡Ah, los españoles! No saben hacer otra cosa que preguntar. Ese Gonzalo era otra ametralladora igual que usted. Una pregunta tras otra. Si hubiese cobrado mil rupias por cada pregunta ahora sería el hombre más rico de Delhi. Silvestre, Silvestre —dijo llamando al monito para cambiar de tema—. ¿Dónde estás, mi pequeño?

Silvestre descendió del tallo de bambú y trepó por los pantalones del director hasta colarse en el ancho bolsillo de su chaqueta. «Chico listo», le dijo al animal, los dedos frotando su diminuta cabecita. Jacobo lo miraba desapasionadamente. Si al menos se hubiese tratado de un loro, quizá podría haber intentado que el

animal parlotease el misterioso destino de la siciliana. Entonces, el mono estiró un brazo fuera del bolsillo del señor Zarabi y apuntó con su índice la verja de entrada. Jacobo no sabía bien si el mico estaba indicando la dirección que siguió Claudia Russo o bien lo urgía a él mismo a que tomase el portante. Enigmático animal.

—Le acompaño a la puerta. Se está haciendo tarde —el señor Zarabi había decidido poner fin a la visita gracias a su mono cómplice. Las reiteradas preguntas de Jacobo le habían hecho ponerse en guardia—. Deje que vea si hay algún *ricksshaw* libre.

—De ninguna manera. No vuelvo a montar en un cacharro de esos. Ya tuve bastante con el del aeropuerto.

—En ese caso creo que tengo lo que usted necesita.

El director sacó su teléfono y tecleó un número cuyo destinatario, y a tenor de sus carcajadas y aspavientos, bien podía ser primo o cuñado. En hindi pronunciaba una letanía de agradecimientos, o eso le pareció a Jacobo, que acompañaba con inclinaciones repetitivas de cabeza y golpes de las yemas de los dedos en su pecho.

—Dos minutos. Mercedes 380, color vainilla, tapicería de cuero, aire acondicionado, televisor portátil con MTV, reposabrazos y batido de coco de cortesía.

Apenas hubo terminado el señor Zarabi de detallar las características del vehículo, un par de bocinazos los alertaba de que el coche estaba listo. El conductor, un sij con turbante de color esmeralda, sonreía con su perfecta dentadura reluciente. El señor Zarabi se acercó a la ventanilla y le estrechó la mano. Abrió la puerta trasera y animó a Jacobo a que se acomodara en el asiento.

—*Top class*, ya le dije, amigo. *Buena suerte*.

Un «buena suerte» en español al que Jacobo respondió con la palma de la mano abierta y una sonrisa bobalicona. No era aquella la cara habitual del doctor Puig, el *sberiff* de la Complutense, sino la de un imitador barato. Cuando Jacobo la entrevió en el retrovisor del taxi, no pudo por menos que echar mano al pasaporte para comprobar que ese de la mirada de águila, ese sí, era el Jacobo conocido. El del espejo le pareció un fugazo extraño. El

chófer arrancó bruscamente y condujo los diez kilómetros hasta el Rajasthan Inn en un frenético eslalon entre rebaños de cabras, charcos negrísimos, gallinas mugrientas, *rickshaws* extravagantes, vacas estáticas, cráteres abisales, camiones camino del desguace, perros vagabundos, tenderetes de toda calaña, muchedumbres a pie, muchedumbres en bicicleta y muchedumbres despanzurradas en medio de la vía. En el oasis del hotel, Jacobo sintió su alcuernia restituida, pidió las llaves al mozalbete de recepción y se dejó caer como un fardo en la mastodóntica cama con dosel. Los ojos en el techo, viendo pasar las palas del ventilador, hipnotizado por ese movimiento incesante y recordando las palabras de aquel chico despabilado que habían echado por tierra su intención de entregar aquella condenada carta a la siciliana y salir cagando leches de aquella sauna con olor a ajo, la India. Sin embargo, Jacobo sabía que no podía rehusar el encargo y tomar el primer vuelo a Madrid. Se lo debía a Gonzalo. Se lo había prometido a la única persona a la que Jacobo debía algo y a la que no podía fallar, por más que Gonzalo estuviera ya entre cúmulos y nimbos. Y una promesa para el hijo de un coronel del Ejército del Aire, para el hijo de la madrina de la Virgen de Loreto es un grillete del que uno se libera solo serrando el pie por el tobillo. La carta que guardaba en la caja fuerte de su habitación llegaría a manos de esa mujer. Quienquiera que fuera ese potro salvaje, dondequiera que se escondiera, allí llegaría Jacobo Puig. Un Puig no se desdice de la palabra dada. Desde muy niño aprendió a tantear el peso de la culpa, a sentir la espoleadura del deber. Comparados con aquellos trabajos, echarle el guante a la italiana era pan comido.

A la mañana siguiente, Jacobo se dio una ducha fría, se enfundó una camisa blanca de algodón y unos Levi's bien planchados, y bajó al comedor del hotel para el desayuno. Rehuyó el puré de garbanzos, los rollitos de carne deshidratada y las judías con tomate, y solo accedió a beber un té negro y a comer unos dátiles. En el *hall* del Rajasthan Inn se dejó caer en el mullido chéster burdeos y cogió el *India Today* de la mesa. Tras varios minutos ojeándolo, sus

ojos se detuvieron en la fotografía del Dalai Lama en su residencia de Dharamsala. Tras su sonrisa y sus gafas ahumadas, se elevaban los picos de unas montañas nevadas. ¿Dónde estaría aquella casita azul?, se dijo a sí mismo. Devolvió el periódico a la mesa, se arrellanó en el asiento, colocó ambos brazos sobre el respaldo y se quedó absorto en el póster gigante de recepción: *The eight-thousanders*, las elegantes cimas de los catorce ochomiles de la cordillera del Himalaya. Allí había nieve a mansalva. ¡Como para descubrir una simple casita azul en uno de esos colosos de hielo! Infinitas posibilidades. Y lo que era peor, posibilidades a muchos grados bajo cero. Jacobo se mantuvo en esa posición durante un buen rato, los párpados cerrados en los que se recortaba la majestuosa silueta de las cumbres, el rostro acariciado por la temperatura ideal del *hall*, el asiento confortable, el ambiente rezumando pulcritud y servidumbre, el sitio que ningún tipo sensato desearía abandonar. ¿Por qué esa condenada mujer había decidido refugiarse en el culo del mundo? Otra absurda mujer. Al parecer, no había tenido suficiente con los requilorios de su madre, con sus sermones, su palmaria infalibilidad. Daba la impresión de que la siciliana compartía el mismo gen de su madre, el gen errático que había llevado al pobre Jacobo de cabeza los cuarenta y siete años de su existencia. Parecía que ahora le tocaba lidiar con otra mujer igual de insoportable. Y, sin embargo, la palabra dada a Gonzalo no dejaba espacio a la retreta. Ahora sí que le hubiera gustado a Jacobo escuchar ese toque de corneta que lo devolviera a casa. Pero ¡ay!, la palabra del hijo del ejército. El honor puesto a prueba. Así que, de un salto, abandonó el confort del sillón, se dirigió al mostrador de recepción y solicitó un taxi, otra vez con destino al Rainbow Home.

Tras el safari del trayecto, pidió al conductor que se detuviese a una manzana del orfanato. Hablar de manzana en aquella latitud era para Jacobo hablar de una manzana mordisqueada y tumorosa, pues aquella barriada no tenía ni orden ni concierto, y menos arquitectónico. El taxi se detuvo a cien metros de la entrada y Jacobo no aceptó las vueltas del chófer, quien se llevó los billetes tres veces

a la frente, los besó y los guardó en su bolsillo delantero. Jacobo se cubrió del golpe de calor con su sombrero y se colocó las gafas con urgencia; el sol era una rabiosa deflagración. El taxi dobló la esquina poniendo perdido a un perro famélico con el caldo color azabache del charco. El perro ni tuvo fuerzas de emitir un quejido. Aceptó el bautismo con acostumbrada naturalidad. Jacobo se encaminó entonces hacia la parte posterior del orfanato, la zona de las letrinas y las terrazas mugrientas repletas de cachivaches arrumbados imposibles de identificar. Era aquella visión un *collage* de hierros retorcidos, de maderas podridas y óxido pidiendo a gritos la antitetánica. Y medio escondido en una especie de caseta de perro hecha de cartón, un niño parecía darse repetidamente golpes en la cabeza con sus manos. Jacobo le chistó y el niño se giró. Jacobo le hizo señas para que se acercara a la verja y el niño, sin piernas, montó su frágil cuerpo en una tabla con cojinetes e, impulsado por sus manos, llegó adonde se encontraba Jacobo.

—Chico, ¿entiendes mi idioma? —dijo en un inglés esquemático. A Jacobo lo grotesco le daba repelús.

Tras unos segundos perezosos, el chico asintió con un leve, casi inapreciable, movimiento de su cabeza.

—Necesito hablar con el chico del té. Por favor, tienes que llamarlo, ¿entiendes? —el chico no se movía de la tabla, no sonreía, simplemente miraba a Jacobo—. El chico que derramó el té ayer. Necesito hablar con él. ¿Entiendes?

El huérfano volvió a asentir escuetamente, sin embargo, permanecía inmóvil. Su tronco, descansando sobre la tabla; sus manos, en contacto con el suelo para evitar el deslizamiento. Jacobo miraba a aquel despropósito de Dios con una mirada oblicua, mitad de lástima, mitad de asco. Por el contrario, la mirada del tullido era firme, de la altivez de un héroe que fuera a ser ejecutado, solo velada por un manto de pena honda sedimentada por los años. Y en un decir Jesús, el huérfano salió velozmente propulsado por sus endebles brazos de niño en dirección a la casa. «¡Eh, chico!», llegó a pronunciar Jacobo con la voz entrecortada para no descubrir su

presencia en las inmediaciones. Justo en ese momento, Jacobo fue capaz de advertir desde aquel ángulo la figura del señor Zarabi que cruzaba el patio con dirección a la puerta principal. Jacobo se ocultó tras un ficus. La puerta volvió a emitir su sonido fantasmal; el director paró un mototaxi que, por suerte, tomó la dirección contraria al escondrijo de Jacobo. Pasado el peligro, sacó su pañuelo y se lo pasó por el cuello. El sudor le caía como un magma viscoso que no perdonaba un solo centímetro de su cabeza. Después se abanicó con su sombrero color hueso y se llevó a los pulmones una generosa bocanada de aire, por tibio que este fuese.

—¡Señor, eh, señor! —era la voz del huérfano desde detrás de la verja.

—¡Muchacho, por todos los santos!

—Vimal me ha dicho que me buscaba —dijo apuntando al chico que conservaba el rostro imperturbable de una esfinge—. Es por lo de Claudia, ¿verdad? —pero no dio tiempo a Jacobo a responder—. Yo puedo llevarle donde ella está. Al menos puedo intentarlo. Confíe en mí, señor, confíe en mí.

—Pero tú mismo hablaste de un lugar inconcreto en las montañas. ¿Cómo vas a llevarme hasta allí?

—Sabré hacerlo, señor. Sabré hacerlo. Eki hace todo lo que se propone. Eki es listo como una ardilla. Deme una oportunidad, señor. También yo quiero encontrarla. Tenga piedad. Déjeme intentarlo.

Jacobo titubeó. Sopesó los pros y los contras. Vaciló y volvió a utilizar el ábaco del que no se había separado en cada una de las decisiones de su vida. Por una vez Jacobo se atrevió a quebrar un mandamiento. Por una vez fue capaz de traspasar la línea que ponía en peligro su seguridad. Ese dique por él construido para cimentar la orografía de su personalidad: escéptica y pragmática.

—Vamos rápido, chico. ¡Salta! Que no te vea nadie.

Eki, con la agilidad de un simio, trepó por el acantilado de hierros desde el cual saltó sobre una uralita en la que impactó con el sigilo de un saltamontes. Desde ahí, sorteó la alambrada de púas